

Cuando estudiábamos el “Bachillerato”, de la llamada “oprobiosa” enseñanza franquista, nos enseñaron que, en el mundo, existían fundamentalmente cuatro razas, a saber: la caucásica o raza blanca, predominante de Europa. La raza amarilla procedente de Asia. La raza negra procedente de África y, finalmente, la raza cobriza de América. El resto de las razas que hoy se discuten, no son, en puridad, sino mezclas de las cuatro razas troncales que se han definido.

La raza negra, se estudiaba, como digo, referida a los individuos provenientes de África, que tienen el color de la piel moreno, muy oscuro o negro ébano, labios gruesos y estatura mediana-alta. La raza asiática presenta a personas de color amarillento de la piel, los ojos oblicuos y de estatura mediana. La raza cobriza, se estudiaba para calificar a los indígenas americanos, popularmente conocidos por “pieles rojas”. Por último, la raza llamada blanca, se caracteriza, se decía, por individuos de piel clara, ojos azules o pardos, cabellos claros, y bello corporal abundante...

Recuerdo que, el que fue reciente presidente de Perú, Ollanta Humala, nacionalista de izquierdas, en una de sus populares manifestaciones publicadas, abogaba por considerar a la raza cobriza inca, como la superior de todas las razas del mundo, dotada de una inteligencia superior a todas las demás conocidas, fueran negra, amarilla, negra o blanca. Nunca lo había oído.

Fue a partir del siglo XVI, cuando en América hubo necesidad de mano de obra para realizar las labores del campo y la explotación minera. Estas labores agrícolas e industriales dieron lugar a contratar personal suficiente y económico, para que la rentabilidad de los propietarios fuera mayor. Así nació la esclavitud. No pudo utilizarse a la población autóctona (los indios) americana porque, además de estar prohibida la esclavitud indígena por los españoles, era escasa y muy proclive a la indolencia y a la enfermedad.

Rápidamente, holandeses, ingleses y portugueses, recurrieron en las costas africanas a contratar a nativos africanos para que se ocuparan de la “caza” indiscriminada de negros en el interior de África. Es decir, los verdaderos cazadores de negros africanos fueron, en general, los propios negros; los blancos europeos se limitaban a esperar en las

costas de África con sus barcos “negreros” para comprar y transportar a esa “carne de ébano”, ser depositada en factorías fundadas en África o Europa, y transportada posteriormente a América, para después ser empleada en las grandes zafras del azúcar, u otros menesteres. Otra parte importante de esta esclavitud negra, era utilizada para el servicio personal de los hacendados, personas influyentes en la sociedad, altos funcionarios públicos, o gente adinerada que pudiera comprar esos esclavos para cualquier menester.

La esclavitud negra fue regularizada por los europeos, y tratada como una mercancía más, que se podía adquirir legalmente en los mercados internacionales. Esta situación duró, oficial e internacionalmente, hasta el primer tercio del siglo XIX. Por mucho que hoy, en el siglo XXI, lamentemos la esclavitud, juzgamos con menos interés, y con el debido rigor, la terrible esclavitud actual de millones de niños, niñas, mujeres y hombres, que son esclavizados por modernos “negreros”, llámense mafias u organizaciones de todo pelaje.

Lo más prudente y eficaz es que, siempre que hagamos referencia a los acontecimientos históricos, por muy terribles que nos parezcan hoy, es tratar de transportar nuestra mente para contemplarlos y juzgarlos en la época o momento cuando y donde se producen; de no hacerlo así, estamos expuestos a un revisionismo interminable, que será tan cambiante en tanto las circunstancias sociales y políticas, ajenas o propias, en cualquier país, lo demanden. O lo que es lo mismo, si no respetamos la Historia, nunca seremos dignos de poseer una identidad propia.

A principios del siglo XIX, se produjeron ciertos movimientos, en principio socioculturales, relativos a lo que ha sido llamada la “negritud” y el “negrismo” nacidos, principalmente, en la América caribeña que fue española (Cuba, por ejemplo) o francesa como Martinica, Guadalupe, etc. Estos movimientos tenían carácter ideológico y literario, tratando de conocer la identidad negra. Si bien, estos movimientos nacieron con objetivos identitarios y culturales, pronto la política y las modernas ideologías, principalmente de la izquierda marxista, se ocuparon de trasladarlos al común como arma arrojadiza contra los que consideraban responsables de todos los males de su propia historia: colonizadores, descubridores y pobladores europeos, entre los que han sido incluidos siempre, para mal, los españoles, a través de la leyenda negra, aunque siempre se ha omitido, maniqueamente, a franceses, ingleses y holandeses...

Estas circunstancias identitarias, culturales y políticas han sido, principalmente durante todo el siglo XX, debidamente manipuladas por las organizaciones supremacistas

de muchos blancos, contra la negritud y el negrismo. Todos, principalmente los mayores, recordaremos los grandes acontecimientos violentos contra los negros, acaecidos en Norteamérica, principalmente a partir de mediados del siglo XX. Crímenes contra los negros indefensos, cuyos culpables eran liberados por jueces blancos; organizaciones violentas racistas como el KuKluxKlam, (que practicaba el linchamiento, en este caso de blancos y negros, aunque prevalecieron de los negros); la prohibición de acudir los niños negros a las escuelas de blancos, o discriminar a los negros en autobuses de blancos, etc. etc.

El racismo ha sido un sistema filosófico, mediante el cual una raza impone la persecución o discriminación de unos hombres sobre otros. Esta filosofía ha sido practicada, no solamente en los Estados Unidos de América; podemos citar como racismo la matanza de judíos por los nazis en el siglo XX; como racismo fueron los resultados de la Conferencia de Berlín del año 1884, para que los europeos se repartieran, impunemente, el continente africano; y racismo fue el supremacismo sangriento practicado en Sudáfrica por los colonizadores europeos (ingleses y holandeses). Generalizando, se podría afirmar que aquel país, de cualquiera de los cinco continentes, que no tenga raíces racistas, que tire la primera piedra... La hipocresía internacional sobre el racismo, la esclavitud y el maltrato al semejante, es proverbial y arma eficaz para ser utilizada, con odio y rencor entre los países, siempre que la ocasión política o social lo demande.

Pero, claro, basta un desgraciado incidente, como el ocurrido en Minneapolis, cuando un policía mató a un negro de una manera más propia de la ley Lynch, que de un cuerpo de servicio público civilizado, para que aparezcan los buitres de siempre revisando la Historia, y para que los delincuentes (también habituales) aprovechen que el río Minnesota pasa por la ciudad, para saquear, asaltar, quemar (y matar si es preciso) las propiedades que no les pertenecen. Un país medianamente culto utiliza sus leyes, en este caso como corresponde a un país de cultura occidental, para que ese policía, autor de un crimen, sea juzgado y sentenciado con extremo rigor, y expulsado, de por vida, del cuerpo policial.

Continúa siendo inevitable, a nivel europeo, cómo este incidente ha provocado el revisionismo permanente, para convocar a los de siempre a manifestaciones debidamente manipuladas que, normalmente, finalizan con saqueos y asaltos, como los que han ocurrido estos días en Berlín o París, países que presumen de antirracistas y defensores de los derechos humanos.

En esta lamentable ocasión, ha explotado el revisionismo permanente en Norteamérica, no solamente contra el supremacismo blanco, que no ha finalizado a pesar de las leyes antirracistas promulgadas por Abraham Lincoln, y las posteriores Leyes de Derechos Civiles, incluidas en su orden jurídico durante el siglo XX, sino que las heridas de la Guerra Civil norteamericana, entre el norte y el Sur, se abren cada vez que la ocasión es propicia para la utilización política.

También España, se ve envuelta en ese revisionismo y relativismo norteamericano, tratando de destruir los símbolos españoles repartidos por toda la geografía de su nación que, por mucho que les disguste, constituyen un legado histórico tan importante que, con su destrucción, su breve Historia como país, quedaría mutilada, chata, con escaso contenido, y sin una identidad indiscutible española, en una gran parte de los Estados actuales de la nación norteamericana. El humilde franciscano, Fray Junípero Serra que evangelizó, occidentalizó y protegió a los indios californianos, es hoy destruido su símbolo con inexplicable iniquidad e impunidad. Las figuras españolas de Colon, los Reyes Católicos y demás españoles que han enriquecido su Historia, son cuestionados y reos de destrucción inmediata. Desde el nombre propio de California, hasta los nombres de ciudades y lugares de ese Estado, como San Diego, Monterey, Sacramento, San Francisco y la no menos popular y grandiosa ciudad de *Nuestra Señora de los Ángeles de Porciúncula* (hoy conocida por “Los Ángeles”) así como la mayor parte de su nomenclatura geográfica, son un exclusivo invento español.

Pronto se ha olvidado que, más de un siglo antes de que en Norteamérica se produjeran las masacres de esos indios “pieles rojas”, su apartheid y distribución en miserables “reservas”, la deslocalización de sus medios naturales, fueran los españoles los que se habían ocupado anteriormente de su evangelización, del respeto por sus costumbres y la occidentalización de muchas tribus, muy especialmente de California.

Los trasgresores de la Historia nunca lograrán hacer desaparecer el “Camino Real” californiano, cuyo destino final es el conocimiento de la obra misional de Fray Junípero. Tampoco, podrán hacer desaparecer el “Camino Real de Santa Fe” que une la ciudad de México con la capital, Santa Fe, del actual Estado de Nuevo México. Y por qué dejar de nombrar el “Camino Real de Texas” (Hoy oficialmente denominado “*Camino Real de los Tejas*”) diseñado desde la ciudad de México, pasando por la guapísima e histórica capital San Antonio, y recorriendo todo el territorio de Texas, de Oeste a Este, finalizando en la actual Luisiana.

Las sandalias de los frailes y las desgastadas botas de los soldados españoles horaron los territorios de California, Nevada, Colorado, Utah, Nuevo México, Arizona, Texas, Oregón, Washington, Idaho, Montana, Wyoming, Kansas, Oklahoma, Luisiana, Florida, Alabama, Misisipi y Alaska, hoy florecientes Estados norteamericanos. La malvada y manipuladora leyenda negra contra España, es el origen de tanta ignorancia histórica de muchos norteamericanos. Después de tantos siglos, y de tanta Historia de España en ese gran país, todavía se resisten, los más ignorantes, a reconocer la identidad española como pieza imprescindible en la construcción de la identidad norteamericana.

Mientras tanto, en España, también por los de siempre, ahora incluidos los independentistas de las derechas más traidoras y retrógradas de nuestra Historia, aprovechan la ocasión de repulsa internacional de un crimen ajeno, para demostrar la ignorancia de nuestra Historia, admitiendo y aplaudiendo la destrucción de nuestras propias demostraciones culturales, sea la estatua de Colón, o cualquier otro monumento histórico que represente nuestra propia identidad; de otra parte se admiten como verdaderas, las falsas y manipuladoras afirmaciones respecto a nuestros crímenes de “millones” y “millones” de indios durante el descubrimiento, conquista y población del continente americano. (Siempre me ha asombrado, la facilidad con que se fabrican esos hipotéticos censos acusatorios contra España, nunca bien explicados acerca de la manera de realizar el recuento de tantos “millones” de muertes que ocasionó nuestra presencia en el continente americano...)

Este es el cuento intermitente que aparece y desaparece, no solo en América, sino también en España, como por arte de magia, siempre que la ocasión sea propicia por intereses políticos bastardos.

Es lo que hay; y así estamos, oiga usted.

Madrid, primer día de la liberación vigilada, a 22 de junio de 2020